

vo sin embargo un completo triunfo; pues los Jesuitas no renunciaron á su modo de pensar, y la mayor parte de los demás institutos religiosos y de las universidades siguieron sus huellas.

No pretendemos indagar las invectivas y razones con que los dos partidos opuestos llamaban la atención de la multitud, intentando hacer prevalecer sus ideas. Tampoco nos toca averiguar, si desde que el probabilismo fue mirado en Francia como el origen de todos los desórdenes, han sido las costumbres mas puras, y han pasado los hombres á mejorar su conducta: tampoco queremos saber si los solitarios de Port-Royal, descontentos del mismo Pascal que los habia vengado, le han echado en cara las variaciones de su opinion, y si han publicado contra él ciertas acusaciones en que se acusan á sí mismos. Poco nos importa en efecto, que devorados los Jansenistas interiormente por la guerra civil, ó por los envidiosos odios que la provocaban, hayan puesto en duda la solidez de su juicio, y hayan escrito acerca de este inmortal polemista las siguientes palabras ¹:

«Es imposible contar con su testimonio, ya sea en los hechos que refiere, por estar poco instruido en ellos, como con respecto á las consecuencias que saca de ellos, y de las intenciones que atribuye á sus adversarios, porque sobre unos fundamentos falsos ó inciertos basa unos sistemas que solo existian en su imaginacion.» La cuestion capital para nosotros no es ni con Pascal ni con los Jesuitas: redúcese á una tesis que no pueden decidir los epigramas de los unos, ni los silogismos de los otros; y como importa á la moral cristiana, la Iglesia únicamente es quien tiene derecho á fallar sobre ella. Cuando esta tuvo por Pontífice uno de los hombres mas eminentes de su siglo; cuando parecia que la Orden de Jesús iba á desaparecer bajo los golpes de los Jansenistas y filósofos reunidos en una comunión de ideas y odios contra ella, adquirió el probabilismo la mayor y mas esplendente gloria que pueda ambicionar una idea.

En 1740 falleció en Toscana el P. Teófilo de Corte, religioso de la estrecha observancia de san Francisco, y cuyas virtudes y gracias obtenidas por su intercesion, que habian volado en alas de la fama, impulsaron á los superiores de su Orden y á varios obispos á solicitar de la Santa Sede su beatificacion. Sabido es que uno de los primeros cuidados de la Iglesia en semejantes cir-

¹ *Cartas de un eclesiástico á un amigo suyo.*

cunstancias, es el examinar las doctrinas profesadas en las obras impresas ó en originales manuscritos. El P. Teófilo habia enseñado el probabilismo, avanzando tanto en su doctrina, que se leia en su Teología inédita: « Los confesores deben hallarse iniciados en todas las opiniones para servirse de ellas con prudencia, y cuando se necesite, con probabilidad, para no imponer á los fieles una carga que no puedan ó no quieran llevar.» A este axioma tan claramente formulado, el promotor de la Fe se negó á introducir la causa de beatificacion. No se contentaba Teófilo con aducir en favor de sus demostraciones las de los casuistas de la Compañía de Jesús; invocaba en sus manuscritos la autoridad de Diana, uno de los doctores mas célebres de la Orden de los Teatinos. En la misma época cundian por toda la Italia los clamores que Concina y Patuzzi elevaban contra Alfonso Liguori, obispo de Santa Águeda, quien, santo ya á los ojos del mundo antes que la Iglesia le expusiese á la pública veneracion de los fieles, habia sostenido y sostenia el probabilismo con la elocuencia de sus virtudes y la pureza de su moral. La negativa del promotor de la Fe en nada contuvo la marcha de los acontecimientos; y apareciendo por otra parte en las actas del proceso, depositadas en los archivos de la sagrada Congregacion de Ritos, que no habiendo sido jamás censurado el probabilismo, no podia perjudicar al resultado de una beatificacion; después de decidirlo así la corte de Roma en 1766, el proceso siguió su curso, y las virtudes de Teófilo fueron aprobadas mas adelante en grado heróico. Iguales dificultades se suscitaron luego del fallecimiento de Liguori, que tambien se desvanecieron por motivos idénticos.

De esta exposicion sencilla de los hechos se deduce que, si un sistema puesto en práctica por unos Santos, cuyo talento no puede sospecharse con mas fundamento que de su experiencia en materias de teología, y que fue juzgado exento de toda tacha por la Santa Sede, que en semejantes ocasiones despliega la mas minuciosa y severa circunspeccion, no puede jamás ser tachado como principio de una moral relajada, no es ciertamente la reputacion de los Jesuitas la que se encuentra en descubierto, sino el honor y la autoridad de Roma; y á pesar del anatema fulminado por Pascal y Nicole contra el probabilismo, preciso es convenir en que las agudezas mas ó menos mordaces no deben jamás prevalecer contra la sabiduría de la Iglesia.

Los Jansenistas, por el órgano de Pascal, vituperaban á los sacerdotes de la Compañía de Jesús su demasiada condescendencia, en el momento mismo en que Singlin, ó sea el jefe de Port-Royal, aprobando con su silencio el vicioso comportamiento del cardenal de Retz, decia á la elegante duquesa de Longueville¹: «Las personas de vuestra esfera deben contentarse con ser «sobrias en su conducta, sin entregarse á abstinencias ó austeridades que serian tan perjudiciales al alma como al cuerpo.» Pascal, Arnauld y Nicole acusaban á los Jesuitas de tener siempre á su disposicion los argumentos mas extraños para legitimar un atentado, mientras que en una carta dirigida por el cura de San German, limosnero y capellan de honor de María de Médicis, al caballero Chamontel, se lee: «Lo que sé es, que por órden y permiso de Jansenio, un sugeto llamado Alfeston trató «de asesinar al cardenal de Richelieu, y descargando el tiro en «el palacio de Bruselas contra el difunto Mr. de Puy-Laurens, «hubiera podido dejar en el sitio á muchos sugetos, si el instrumento de que se sirvió no hubiese perdido diez y siete balas de «las veinte que contenia, hiriendo gravemente las tres restantes «á otros tantos sugetos².»

Singlin aconsejaba la molicie, Jansenio el asesinato, y San-Cyran la rectitud de intencion, con el medio de aplicar de tal suerte las máximas del Evangelio, que fuesen susceptibles, segun la acriminacion dirigida por Pascal á los Jesuitas, de satisfacer á todo el mundo. «He oido decir á Mr. de San-Cyran, escribia Vicente de Paul á Origny con fecha 10 de diciembre³, «que si en un aposento cualquiera hubiese acabado de decir las «verdades á sugetos capaces de entenderlas, y, pasando después «á otro, se hallase con otros que no lo fuesen, les diria todo lo «contrario.»

Semejante confesion, salida de los labios de uno de los fundadores de la secta, merece quedar consignada. Pascal, Arnauld, Nicole y Sacy, esos despreciadores de la moral relajada, de los equívocos y restricciones mentales, suministraban las armas para ser batidos en regla; pero los Jesuitas no supieron ó no quisieron volverlas contra el jansenismo. Descuidaron su defensa, y cuan-

¹ *Memorias de Fontaine*, tomo III.

² *Historia de Duchesne*.

³ *Diario de Trevoux*, marzo 1726.

do muchos años después de la muerte de Pascal tuvo á bien emprenderla el P. Daniel en sus *Conversaciones de Eudoxia y Cleanto*, tuvo de su parte la fria razon, pero no á los burlones. Los escritores que se esforzaban en rechazar al autor de las *Provinciales*, carecian del talento inimitable y de la facundia cómica de Pascal; y aun cuando les era fácil probar los errores en que á cada paso incurria, como lo demostró victoriosamente el P. Daniel¹; pero el hombre que, en una vida de treinta y nueve años siempre débil y enfermiza, habia podido llegar á ser el rival de Arquímedes y de Galileo, el precursor de Molière y de Boileau, el igual de Demóstenes y de Bossuet, el émulo de Tertuliano en la apología de la religion cristiana, al paso que, segun una juiciosa observacion de Nicole, parecia haber nacido para inventar mas bien que para aprender, difícilmente podia encontrar antagonistas tan colosales como él. El P. Daniel sucumbió en esta desigual lucha, pues la impresion producida por Pascal era indeleble.

El parlamento de Aix mandó quemar estas cartas: censuráronlas los obispos, y condenólas el Papa en 14 de marzo de 1658; sin embargo, volvieron á aparecer y volvieron á ser quemadas en la plaza de Grève por un decreto del Consejo expedido en 14 de octubre de 1660. No obstante, los Jansenistas se hacian cada vez mas temibles: la persecucion, que siempre ha engrosado las filas de la minoría comunicándolas un nuevo vigor, aumentaba visiblemente la de estos sectarios. Pedro de Marca, uno de los mas sabios jurisconsultos de su época, redactó un formulario que, adoptado por la asamblea general del clero, debió proponerse á los disidentes para que lo firmasen. Los Jansenistas se resistieron con cuatro prelados, Enrique Arnauld, obispo de Angers; Pavillon, obispo de Aleth; Buranval, obispo de Beauvais; y Caulet, obispo de Pamiers. Luis XIV gobernaba ya por sí mismo. «Uno «de los primeros cuidados del Rey, dice Schœll², fue el instalar bajo el nombre de *Consejo de conciencia*, una comision encar-

¹ Grande fue, sin embargo, el éxito de esta obra, si se ha de dar crédito á Bayle. En sus *Obras diversas*, tomo IV, pág. 711, escribia con fecha del 26 de agosto de 1694: «La contestacion dada por el P. Daniel á las *Provinciales*, ha «desaparecido casi antes de aparecer. Su precio eran 30 sueldos, y segun voces se ha ofrecido un luis de oro de 24 francos á los que la habian comprado «si querian deshacerse de ella. Créese que no se ha querido dejarla salir á luz «por no chocar con Mr. Nicolé.»

² *Curso de historia de los Estados europeos*, tomo XXVIII.

«gada de examinar á los sugetos presentados para los altos beneficios eclesiásticos que se hallasen vacantes. Compañase el mencionado Consejo del arzobispo de Tolosa, Pedro de Marca, de Perefíxe, obispo de Rhodéz, preceptor que habia sido del Rey, y del P. Annat, su confesor y uno de los miembros mas ilustres de la Compañía.» «Difícil hubiera sido, añade el historiador protestante, reunir tres hombres mas virtuosos, mas desinteresados y mas exentos de prevencion.»

El excluir de todas las dignidades clericales á los partidarios de Jansenio, era lo mismo que asesinar el jansenismo; pero era indispensable ante todo proveer á las necesidades del momento. El Monarca mandó cerrar las escuelas de Port-Royal. La oposicion de los solitarios invadia la política por medio de los asuntos religiosos. El superintendente Fouquet, que merced á la mediacion de Pomponne, hijo de Arnauld de Andilly, conservaba misteriosas relaciones con los jefes de los Jansenistas, fue preso en Nantes el 5 de setiembre de 1661; mientras que el cardinal de Retz, que presagiaba ya al gran rey á través de la adolescencia de Luis XIV, no juzgando oportuno continuar la lucha que habia sostenido durante tanto tiempo, hizo dimision del arzobispado de Paris, entrando á reemplazarle, después de la muerte de Marca, Hardouin de Perefíxe. Resuelto este á calmar los disturbios que Pablo de Gondi habia suscitado en su diócesis, encargó á Bossuet que pasase á vencer la obstinacion de las religiosas de Port-Royal. La lógica del futuro obispo de Meaux tuvo que ceder ante aquellas mujeres cegadas por la vanidad y orgullo, las que creyéndose mas doctas y eruditas que él en materias de teología, y refugiándose en su ambicion por el martirio, rechazaron la mano que les tendia el genio. Tampoco el Prelado fue mas feliz que Bossuet, y queriendo caracterizarlas, exclamó en su presencia: «Verdad es que sois puras como ángeles, pero sois soberbias como demonios.»

En tanto que el arzobispo de Paris y Bossuet por un lado procuraban con toda mansedumbre conducir al aprisco de la Iglesia á estas religiosas, de quienes habian formado su vanguardia los Jansenistas; mientras que el P. Annat, á quien Racine ha descrito, en su *Historia de Port-Royal*, bajo los rasgos de un encarnizado perseguidor de los solitarios, buscaba algun expediente para poner un término á tantas escisiones, Gilberto de Choiseul,

obispo de Cominges y partidario de Jansenio, y que habia recibido orden del Monarca en agosto de 1662 para trabajar en esta transaccion de consuno con Annat y el Jesuita Ferrier, escribia con fecha 20 de mayo de 1663, dirigiéndose á Enrique Arnauld, obispo de Angers, en los siguientes términos:

«El P. Ferrier, uno de los mas hábiles teólogos de la Compañía, y que ha enseñado la teología en Tolosa durante el espacio de doce años, ha tenido varias conferencias con estos señores, y gracias á Dios han tenido un feliz resultado; porque habiendo tomado la palabra los señores La Lane y Girard, cuyo mérito os es sin duda conocido, han expuesto su doctrina sobre las cinco proposiciones condenadas, que se reducen no solo al sentir de los Tomistas, sino á servirse de los mismos términos de su escuela con tanta precision y claridad, que no puede caber en ellos la menor sospecha de error. Pero el P. Ferrier creyó que no bastaba el sincerarse de la sospecha de herejía respecto á las citadas proposiciones; ha sido de parecer que era necesario que diesen pruebas mas particulares de su adhesion y obediencia á la Santa Sede. Por lo tanto, les ha propuesto que declarasen que aceptan las decisiones promulgadas en sus constituciones por los papas Inocencio X y Alejandro VII sobre esta materia, y que se someten á ellas enteramente.»

Gran trecho va de las *Provinciales* de Pascal, las *Ilustraciones* de Sacy, y las *Imaginarias* de Nicole, á las conferencias referidas por este prelado jansenista á un hermano del jansenista Arnauld. Los solitarios de Port-Royal y sus adictos conocian que habia sonado para ellos la hora de entrar en negociaciones. Y así como los Jesuitas se habian mostrado los mas débiles en las guerras de sarcasmos, no solo recobraron las ventajas perdidas en el terreno de una discusion tranquila y profunda, sino que cedian á sus rivales el derecho de adoptar el tomismo, ó lo que es lo mismo, el de seguir las doctrinas de los Dominicos, opuestas al molinismo. Sin embargo al hacerles todas las concesiones posibles, concesiones de amor propio y de escuela, exigian que los novadores se sometiesen á la autoridad pontificia. La Compañía de Jesús tenia derecho á ejercer crueles represalias contra una secta que acababa de atacar sus Estatutos, sus principios y teólogos, y que habia tomado todo esto por blanco de sus burlas y dieterios. No

¹ *Cartas de Mr. Antonio Arnauld*, tomo I, pág. 432.

obstante portóse en un todo con moderacion; y para conseguir la paz, se prestó á todos los sacrificios. «Como este negocio, añade Choiseul en la misma carta al obispo de Angers, se ha inaugurado de concierto con los Jesuitas Annat y Ferrier, con ellos se continúa, y debo deciros en testimonio de su sinceridad que en todo el decurso de este negocio me han parecido verdaderamente amigos de la paz, que trabajaban con la mejor fe del mundo por conseguirla, y que si en alguna ocasion han mostrado toda su energia contra el dictámen de los denominados Jansenistas, esta energia no era motivada en ninguna especie de aversion contra los individuos del jansenismo, sino de la adhesion que profesan á la Santa Sede, y del deseo de consolidar la tranquilidad á que aspiramos todos.»

La posicion está ya distintamente trazada: las mismas gestiones de los Jesuitas han producido ya una reconciliacion, y ya nos es permitido esperar que una paz próxima sufoque hasta el último gérmen de estas discordias. Le Nain, el abaté Barcos, sobrino y heredero de San-Cyran, Enrique Arnauld y de Andilly, hermanos del Doctor, aceptan la transaccion propuesta por los Padres del Instituto; no obstante el Doctor permanece inflexible. El mismo Nain escribe: «Y para servirme de los términos de uno de los primeros magistrados del reino, el primer presidente Lamignon, os veréis condenado ante Dios y los hombres, si rehusais creer á un prelado tan ilustrado, tan virtuoso y tan distante de toda sombra de sospecha como es Mr. de Cominges.» Pero inflexible Arnauld en presencia de semejante abjuracion, no quiso doblegar su férreo carácter ante unos enemigos á quienes con tanto encarnizamiento habia perseguido, aun cuando sus hermanos se unieron á Le Nain para instarle á que aceptase unas condiciones ofrecidas, dictadas é inspiradas tal vez por los Jesuitas. Persistiendo en sus belicosas ideas, aun cuando le invitaban con la paz, hizo romper los tratados; y el 24 de agosto de 1664 fueron sacadas de su convento las religiosas de Port-Royal y trasladadas á otras casas por la fuerza militar.

La madre Angélica habia dejado de existir; pero en su lugar quedaba su hermana Inés y sus tres sobrinas, hijas de Andilly, Angélica de San Juan, Maria Teresa y Maria de Santa Clara, que habian heredado sus prendas naturales al par que su obstinacion.

¹ Cartas de Mr. Arnauld, tomo I, pág. 414.

Quisieron, pues, mostrarse dignas de su familia. Mas no tardó en difundirse el rumor de su dispersion por todos los ángulos de la monarquía francesa; y en 11 de febrero de 1665 una bula del papa Alejandro VII aplaudia la medida que el Gobierno se vió forzado á tomar. Cualquiera hubiese creido que este golpe de Estado bastaria para abatir el corazon de estas mujeres, á quienes la sociedad y estudios de bellos modelos de literatura habian dado vigor á sus ideas y la elegancia del estilo. Pero sucedió todo lo contrario: después de trazar su pluma el relato de sus padecimientos, la madre Angélica de San Juan, desde el convento de las Anunciatas donde se la habia destinado, lanzó una voz tan elocuente como persuasiva. «Esta era, dice un escritor jansenista¹, una jóven de quien se puede asegurar con certeza que no tenia ninguna de las debilidades de su sexo: todo en ella era grande y varonil; pareciendo su ingenio tan superior á todos los demás, que los hombres mas ilustres la admiraban como un prodigio.»

Esta comunidad de las Anunciatas, adonde vivia retirada la mariscalca de Rantzaw, tenia por directores á los Padres de la Compañía de Jesús. «Dificil me seria expresar, refiere Angélica de San Juan², la impresion que de repente ocasionó esto en mi alma: temblaba como una azogada desde la cabeza á los piés, tanto de sorpresa como de temor.» Sin embargo, no tardó en calmarse este terror jansenista, escuchando de allí á poco al Padre Nouet, y aun haciendo justicia á sus principios y erudicion. Después de haber asistido á una conferencia dada por otro sacerdote del Instituto, escribia: «Escuché á un buen hombre que se expresa todavía en un francés anticuado, pero que, en el fondo, pronunció un excelente discurso, que suponía buenas máximas sobre la gracia. Tuve particular satisfaccion de ver á la gracia triunfante en boca de sus enemigos, aun cuando este buen hombre no lo fuese personalmente; sin embargo, viste el hábito de ellos.» En seguida, y después de tan extraños elogios, arrancados por la conviccion, volviendo á recobrar sus preocupaciones de familia, exclamaba: «Esto es lo que tenia que decir de los Jesuitas: después acá no he visto ninguno de cerca, gracias á Dios.»

¹ Memorias de Du Fossé, lib. III, cap. X.

² Relacion del cautiverio de Angélica de San Juan (imp. anónima).

Idéntica suerte les cupo á los solitarios de Port-Royal, quienes dispersados por la fuerza armada, pasaron unos á refugiarse en los pueblos de provincia; otros se albergaron en los asilos que les ofrecian la admiracion ó la amistad; mientras que los mas célebres fueron acogidos en el palacio de la duquesa de Longueville, hermana del gran Condé. Doce prelados acababan de ser comisionados para entablar el proceso de los obispos de Beauvais, Aleth, Pamiers y Angers, oráculos del jansenismo. Una violenta tempestad amenazaba á esta secta, que encontraba en Lyonne y Le Tellier, secretarios ambos de Luis XIV, un apoyo del que supo sacar toda la ventaja posible. Le Tellier, primer promotor de la revocacion del edicto de Nantes, conferenció con Nicole, le instruyó acerca de las decisiones del Consejo, y aceptó de su mano los argumentos contra las acusaciones de que era objeto el jansenismo.

El cardenal Rospigliosi, que acababa de suceder al papa Alejandro VII, bajo el nombre de Clemente IX, continuó la obra comenzada. Los Jansenistas, á cuya cabeza se hallaba Arnauld, estaban persuadidos de que ya no era posible luchar á banderas desplegadas. Los prelados que hasta entonces los habian abiertamente sostenido, así como los que tomaban una parte menos activa en esta oposicion religioso-política, se sentian colocados sobre un terreno resbaladizo. La Santa Sede y el Monarca se habian cansado ya de dejar fermentar tantos gérmenes de discordias. Los solitarios diseminados se prestaron á la mediacion de Gondrin, arzobispo de Sens, y de Felix Vialart, obispo de Chalons sobre el Marne, prelados ambos, que en union de otros diez y nueve colegas suyos, dirigieron al Papa una peticion, suplicándole que tuviese á bien acoger unas proposiciones que abrigaban el carácter de pacíficas. Clemente comisionó para tratar este asunto al nuncio Bargellini, quien, apenas llegado á Paris, cayó en el lazo que le tendian los Jansenistas. Verdad es que Arnauld consintió desde luego en someterse á la autoridad del Pontífice romano; pero habiéndose propuesto excluir á los Jesuitas de toda conferencia, exigió que se les encubriese el hecho de aceptar aquella paz que habia rehusado, y que iba á recibir con unas condiciones mas rigurosas. Seguro de satisfacer su odio, aun cuando le sea indispensable rebajar su gloria, pasa en compañía de Nicole y La Lane á negociar con el Nuncio á presencia de la princesa de

Conti y la duquesa de Longueville. «Así es, dice el jansenista «Fontaine¹, que estas señoras venian á ser la antorcha de los «obispos á quienes conducian como por la mano, manifestándoles todos los pasos que debian dar, y colocando en su boca las «expresiones de que debian servirse.»

Satisfecho Arnauld de concluir una paz forzada sin la intervencion de la Sociedad de Jesús, prodigaba á la sazón á Luis XIV numerosos elogios, en que se ve confundida la erudicion con la gracia del estilo; pero mientras él lo aceptaba todo de manos del Nuncio apostólico, Pavillon, uno de los cuatro obispos disidentes é indómitos como él solo, se resistió á las instancias de Barcos y del mismo Arnauld, sin querer deponer su obstinacion, hasta que una carta del arzobispo de Sens, enemigo declarado de los hijos de Loyola, vino á ponerla un término. «¿Qué triunfo, le escribia, para los Jesuitas, que el ver frustrarse un asunto de tal «consecuencia, que se les habia querido ocultar, y el ver que «se hallan ahora mas ensalzados que nunca por lo mismo que debia arruinarlos sin recurso?»

Este argumento de partido no podia ser mas decisivo; y en odio del Instituto se adhirió Pavillon á los actos que se le proponian; y después de mil altercados de palabras promovidos por los discípulos de Jansenio, ya sobre la adopcion del formulario, ya sobre la distincion establecida por ellos entre la firma pura y sencilla, y la firma sincera, aceptó Clemente IX su sumision en el mes de febrero de 1669. Verificada ya la paz, volvieron á aparecer los Jansenistas en Paris, donde Arnauld fue objeto de la mas viva curiosidad: habiase prestado á esta última mas bien como jefe de partido, que como hombre cuyo talento debia hacerle superior á esta admiracion demasiado plebeya. Pero los antiguos solitarios de Port-Royal, que no habian renunciado á sus intrigas, con el objeto de ganar tiempo se resignaron á una obediencia condicional; que les permitió reunir sus esfuerzos contra la Sociedad de Jesús. El P. Bourdaloue, que inauguraba en este mismo año el ministerio de la predicacion difundiendo la fama de su talento por todos los pulpitos de la capital, se vió hecho el blanco de sus odios. Bourdaloue era ya el competidor con el famoso Desmares de los Jansenistas, de quien Boileau hizo el elogio², y trataron de in-

¹ *Memorias de Fontaine*, tomo IV.

² *Desmares, dans Saint Roch, n'aurait pas mieux prêché.* (Satire).